DESBLOQUEO

Antumbra

Capítulo 1

DESBLOQUEO

He cambiado; la escritura ya no es mi prioridad. Hace dos años que no escribo nada, y menos aún, que sea de mi agrado. Me cuesta fluir en el teclado como antes, tomar el impulso, crear mundos a partir de suspiros y anhelos, desprenderme de un fragmento de mi propia sangre para transmutar el sufrimiento en un relato que valga la pena.

Por esta noche, la miseria es mía, y sólo mía. No cumplí mi promesa de convertirme en un mejor escritor, de terminar mi interminable lista de proyectos inconclusos, de buscar la publicación, de tratar de salir de esta fosa de cuatro paredes que he osado llamar hogar y refugio. Me he fallado por mucho tiempo, lamentándome por tener el corazón roto, y si de promesas hablamos, quizá la más grande promesa rota fue la de no permitir que una persona me despedazara el alma, porque según creí, yo era más fuerte que eso. Pero no.

Si estos muros hablaran, sólo contarían pestes; abandoné la mitad de mis responsabilidades académicas. Dejé morir a un desconocido. Me alejé de mis amigos. Me aislé en mi habitación. Renuncié a mi moral. Me involucré con una mujer que sólo me usaba. Me enamoré del azúcar procesado. Maldije a mi propio cuerpo por fallarme varias veces. Le mentí a mi familia para que creyeran que no quiero arrebatarme la vida cada mañana. Me sumí en la autocompasión, la crítica, el menosprecio, la gula, la envidia, la lujuria y la desesperanza.

¿Cómo no hacerlo? Como mis obras, soy una novela inconclusa, y las manos me pesan horrores, porque no tengo deseos de culminarla en el capítulo 92, sino en el 25. No me queda nada más, o siendo más específicos, no queda nada en este mundo que tenga algún valor significativo para mí. Si no me he ido, es porque incurro nuevamente en mi pecado más grande: hablar de mis planes, en lugar de enfocarme en silencio a concluir mi propia historia.

¿Mi legado para el mundo? Hijos nonatos, amorfas amalgamas de tinta que se retuercen en los recovecos de mi disco duro. Ahí, en las carpetas empolvadas, yacen los bocetos de lo que habría sido una gran secuencia de ideas estúpidas, plagiadas, mediocres y subdesarrolladas. No soy pro-vida, pero siento el inimaginable peso de la culpa sobre mis huesos, por condenar a muerte aquellas partes que, según creía mi ego, eran lo mejor de mí, los fragmentos que merecían la pena compartir con el mundo. ¿Y qué es lo único que dejo concluido? Este berrinche literario que no hace más que reforzar el hecho de que, tratándose del victimismo, soy

maestro.

Inmerecido es el llanto que corre por mi piel, pintando ríos de sal y vergüenza que sólo son reabsorbidos por los vastos pero áridos dominios de la piltrafa que es mi cuerpo maltratado. Desearía que esos ríos se llevasen mis novelas, mis cuentos, mis reflexiones, toda la mierda que alguna vez se atrevió a brotar de este desperdicio de tripa rosada que anatomistas nombraron cerebro.

¿De qué sirve ser un genio, tener un alto CI, ser poseedor de un amplio vocabulario que eclipsa al común denominador de mis coetáneos? Mi mejor habilidad es el perderme en la nada mental cada cinco segundos, presa de un miedo colosal a verme a mí mismo como realmente soy, y buscando una respuesta donde, convenientemente, no hay nada. Así justificaría el tardarme una semana, un mes, un año, una década, una vida entera en reponerme y encontrar mi identidad. Sí. Mi mejor cualidad se basa en huir de mí mismo.

¿Y a qué volví a MGE, en todo caso? Bien pude haber escrito esta rabieta en mi diario personal, aquel registro que ha tenido a mal recopilar lo poco que recuerdo de mí mismo. Pero no me basta. Quizá lo que quiero es alguien que me salve, alguien que me diga que soy bueno escribiendo, alguien que me ofrezca la mano... o quizá no. Quizá sólo quiero reavivar la llama extinguida de mi rinconcito, con la vaga esperanza de un día alcanzar la gloria, la fama, el reconocimiento, y así autovalidar mi desprecio hacia mí mismo, para volver a las andadas literarias tras una eternidad de ausencia en esta plataforma olvidada por los dioses que la crearon.

No... no busco ayuda. Soy demasiado orgulloso para pedirla. Si acaso, lo único que aspiro a lograr con este largo berrido es declarar que no he muerto, aún. Sí, creo que esa era la intención. No quiero lástima, no quiero compasión, no quiero empatía, no quiero nada, porque suficiente tengo con las voces en mi cabeza que gritan porque termine de escribir esto para seguirme regañando e induciendo a los vicios que tanto me fascinan.

Pero sobre todo, estoy ansioso de terminar aquí, porque hay otra voz que, contrario que las otras, muere por verme concluir un texto, tras más de dos años de muerte literaria. Y creo que esa es la voz que quiero complacer porque, afortunadamente, las voces que me gritan que soy una mierda, que no sirvo para nada, que me mate, que abandone la escritura, que me ahogue en mi sangre y me atiborre la boca de basura química endulzada... todas esas voces, no gritan tan fuerte como la que me dice que, si puedo darle cierre a esta breve sesión de autoflagelación pública, tengo el potencial para cerrar capítulos de mis historias, uno por uno, hasta que no quede nada. Y eso haré. Me niego a morir por mi propia mano sin haber intentado dar todo lo que tengo, porque lo peor de todo

es que, hasta ahora, las dudas me hicieron pensar que mi miseria era lo único que tenía para ofrecer.

Así que... estoy vivo, aún respiro, aún no triunfo, pero tampoco me he rendido. Soy Antum, y soy escritor.